

Capítulo 10

Juan come el librito

([índice](#))

Apocalipsis 10:1-4: Vi descender del cielo otro ángel fuerte envuelto en una nube, con el arco iris sobre su cabeza. Su rostro era como el sol, y sus pies como columnas de fuego. Tenía en su mano un librito abierto; puso su pie derecho sobre el mar y el izquierdo sobre la tierra, y clamó a gran voz como ruge un león; y cuando hubo clamado, siete truenos emitieron sus voces. Cuando los siete truenos hubieron emitido sus voces, yo iba a escribir; pero oí una voz del cielo que me decía: “Sella las cosas que los siete truenos han dicho, y no las escribas”.

Podemos saber de forma muy definida cuándo desciende el ángel con ese mensaje, ya que forma parte de la sexta trompeta. La séptima no suena hasta el versículo 15 del capítulo 11. Por lo tanto, a partir de lo aprendido en el capítulo noveno es evidente que las escenas del presente capítulo han de tener lugar después del año 1840.

El cumplimiento exacto de la profecía relativa a la caída del Imperio otomano en aquella fecha concreta fortaleció grandemente la fe de aquellos que hace más de cien años estuvieron interesados en las profecías de Daniel y Apocalipsis. El fundamento sobre el que edificaron su fe profética sigue incommovible para bien nuestro.

Ese “otro ángel” es la proclamación de un gran mensaje al mundo, basado en el “librito abierto” al que se refiere Juan específicamente. ¿De qué libro puede tratarse? Leemos que mucho tiempo atrás un ángel había dicho a Daniel: “Cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin” (Daniel 12:4).

¿Cuándo se inició “el tiempo del fin”? —Al terminar la Edad Media con su persecución. Daniel aporta la evidencia: “Algunos de los entendidos caerán a fin de ser refinados, purificados y emblanquecidos hasta el tiempo del fin” (Daniel 11:35, LBLA). Aquel tiempo de persecución lo protagonizó la iglesia apóstata durante los 1260 años de supremacía papal. Ese período terminó el año 1798 (ver Apocalipsis 12:6 y 14; 13:5). Por consiguiente, parece claro que el “librito” que fue abierto después del año 1798 es el libro de Daniel, que por entonces cautivó de forma repentina la atención de los cristianos por doquier.

Vemos una vez más cuán exactamente se cumplió la profecía. Por entonces se despertó un profundo interés en muchas partes del mundo por el estudio de los libros de Daniel y Apocalipsis. No es solamente que se estableció la ‘British and Foreign Bible Society’ para publicar la Biblia al mundo, sino que muchos, en todos los lugares, comenzaron a comprender el significado de esas profecías. Descubrieron la sorprendente verdad de que estaban viviendo en “el tiempo del fin”, y que se acercaba la venida de Jesús.

El mensaje se proclamó por “mar” y “tierra” “a gran voz, como ruge un león”. El mundo entero le prestó atención, y en todo lugar había oyentes atentos y asombrados ante el mensaje de que Jesús regresaría pronto, quizá en el período de sus vidas. Se compraron grandes carpas que iban plantando de ciudad en ciudad, donde cientos y miles se reunían para escuchar el mensaje solemne del libro de Daniel, según el cual en 1844 se cumpliría la profecía de los 2300 años de Daniel 8:14. Desde los días de los apóstoles el Espíritu Santo no había obrado tan poderosamente en llevar a miles de personas al arrepentimiento.

William Miller comenzó a predicar enfáticamente a partir de 1831, y su mensaje se abrió camino con poder singular. Algunas familias

vendían sus fincas y casas para tener fondos con los que financiar la impresión de folletos y libros que difundirían el mensaje. También los jóvenes y niños se convertían. Aquel fue el período de tiempo de la “[iglesia en Filadelfia](#)”, la sexta (Apocalipsis 3:7-12).

Pero había un elemento misterioso que el pueblo de Dios no comprendería plenamente en aquel tiempo. A Juan no se le permitiría escribir lo que dijeron los “[siete truenos](#)”. Sólo por experiencia la iglesia lo habría de aprender. Su fe iba a ser probada:

Apocalipsis 10:5-7: El ángel que vi de pie sobre el mar y sobre la tierra levantó su mano hacia el cielo y juró por el que vive por los siglos de los siglos, que creó el cielo y las cosas que están en él, y la tierra y las cosas que están en ella, y el mar y las cosas que están en él, que el tiempo no sería más, sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará, como él lo anunció a sus siervos los profetas.

El “[tiempo](#)” se escribe *kronos* en griego, y se refiere a un tiempo determinado, medido. ¿Por qué declaró tan categóricamente el ángel “[que el tiempo no sería más](#)”? ¡Porque así estaba escrito en el libro de Daniel!

En Daniel 8:14 leemos la profecía que revela por qué “[el tiempo no sería más](#)”. La obra de Dios habría de iniciar su última etapa en esta tierra: “[Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado](#)”. En la profecía, un día representa un año (Ezequiel 4:6; Números 14:34). Esos 2300 años comenzaron el 457 antes de Cristo y terminaron el 1844 de nuestra era.

Esa fue la profecía que unos años antes de 1844 se abrió al entendimiento de muchos estudiosos de la Biblia en diferentes partes del mundo. El asombroso cumplimiento de la profecía

relativa al Imperio turco el 11 de agosto de 1840 supuso un gran ímpetu a la predicación, y convenció de su veracidad a miles.

En la Biblia, la palabra “**tiempo**” se debe comprender como tiempo profético, y no simplemente como el continuo paso del tiempo en la historia humana. El versículo 11 del capítulo 10 de Apocalipsis así lo evidencia. Ahí se le comunica a Juan —en representación de la iglesia— que hay todavía una gran obra mundial pendiente de cumplirse a favor de “**muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes**”. Esa obra se ha de realizar después del cierre del último período profético, el que terminó el año 1844 de nuestra era. No puede haber ningún otro período de tiempo medido, determinado, tras haberse cumplido la profecía de los 2300 años. A partir de entonces el fin es siempre inminente, estando el tiempo condicionado a la preparación del pueblo de Dios.

El ángel proclama con poder que “**en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará**”. ¿Cuál es “**el misterio de Dios**”?

Pablo afirma en Efesios 1:9-10 que el propósito divino de reunir todas las cosas en Cristo es “**el misterio de su voluntad**”. En Efesios 3:3 y 6 añade que ese “**misterio**” incluye la incorporación de los gentiles como “**coherederos, miembros del mismo cuerpo y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio**”. Por consiguiente, “**el misterio de Dios**” es su magna obra de reunir a su verdadero pueblo de en medio de un mundo pecaminoso, en preparación para la segunda venida de Cristo.

Pablo explica el misterio aun más claramente en Colosenses 1:27-28. “**Las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles**” consiste en esto: “**Cristo en vosotros, esperanza de gloria ... a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre**”. La gran

contienda entre Cristo y Satanás no puede llegar a su fin hasta que Cristo tenga un pueblo que lo sigue “por dondequiera que va”, un pueblo formado por quienes “son sin mancha delante del trono de Dios” (Apocalipsis 14:4-5).

Debido a que esa obra no se ha completado todavía, el infeliz mundo sigue maldito por el pecado, el dolor y la muerte. “Sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora”, “porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios” (Romanos 8:22 y 19). Esa obra gloriosa de hacer al ser humano “perfecto en Cristo” es precisamente el resultado de la purificación del santuario celestial del cual el ángel informó a Daniel.

Esa es la obra más importante y colosal que se está desarrollando ahora en el mundo. Es un privilegio inestimable poder cooperar con Cristo en su gran obra final de salvación.

Pero a quienes amaban la Biblia les quedaba todavía una amarga lección por aprender:

Apocalipsis 10:8-11: La voz que oí del cielo habló otra vez conmigo, y dijo: “Ve y toma el librito que está abierto en la mano del ángel que está en pie sobre el mar y sobre la tierra”. Fui donde el ángel, diciéndole que me diera el librito. Y él me dijo: “Toma y cómelo; te amargará el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel”. Entonces tomé el librito de la mano del ángel y lo comí. En mi boca era dulce como la miel, pero cuando lo hube comido amargó mi vientre. Él me dijo: “Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes”.

A la iglesia le esperaba algo muy amargo en esta experiencia. Juan, en visión, la comparte con los miembros de esa iglesia. Quienes predicaron que el santuario sería “purificado” en 1844

comprendieron correctamente el esquema de tiempo de la profecía. No había error en su cálculo del comienzo o el final de los 2300 años. Pero no comprendieron cuál era el verdadero significado del evento descrito en la expresión “**el santuario será purificado**”. Pensaron que eso hacía referencia a la segunda venida de Cristo a la Tierra: el final de la historia de este mundo. Desconocían la verdadera enseñanza bíblica del santuario celestial en el que Cristo es sumo sacerdote. No sabían que la purificación del santuario requiere una fase nueva y diferente en el ministerio de Cristo en el verdadero santuario celestial, tal como estaba prefigurado en los tipos y símbolos del santuario del Antiguo Testamento que lo ilustraba.

En aquel santuario hebreo el sumo sacerdote entraba en el segundo departamento —o lugar santísimo— una vez al año en el día de la expiación, para “**purificar**” el santuario. Ciertamente, en 1844 había de ocurrir un evento cósmico de la mayor importancia, pero aquellos creyentes sinceros no comprendían en qué consistía ese evento representado en el santuario terrenal por el día de la expiación.

La esperanza que tenían de ver regresar a Jesús en su segunda venida, poniendo fin al pecado, el dolor y la muerte en 1844, era una experiencia “**dulce como la miel**” para la iglesia. Amaban verdaderamente al Señor Jesús, como la novia ama a su futuro esposo. Era por demás dulce y gozoso el pensamiento de que pronto se iban a unir al mismísimo y amado Señor, para no separarse ya nunca más de él.

Pero Jesús no regresó en 1844. Quienes lo esperaban y amaban resultaron amargamente chasqueados, de forma parecida a como los discípulos de Cristo fueron chasqueados cuando él fue crucificado y enterrado en un sepulcro. No obstante, ese gran

chasco formaba parte del propósito de amor divino hacia su pueblo. Los hermanos aprendieron a no confiar en las opiniones de los hombres para explicar la Biblia, sino a investigar con mayor profundidad las Escrituras a fin de comprender qué es exactamente lo que enseñan.

Pronto se hizo evidente para ellos la razón de su chasco. El “santuario” que había de ser “purificado” no es esta tierra siendo destruida por el fuego, sino el santuario celestial en cuyo segundo departamento Cristo acababa de entrar para efectuar aquella fase final de su obra como sumo sacerdote. Comprendieron entonces que les quedaba por hacer una amplia obra a nivel mundial, de forma que era “necesario” que profetizaran “otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes”.

Este libro que estás leyendo forma parte de esa gran obra de proclamación del mensaje a todo el mundo.